

Miniatura del siglo XV de Roberto della Porta en que se representa de manera pintoresca la tradición de Rómulo y Remo amamantados por la loba junto al pastor Fóstulo y su mujer (Biblioteca Real, Bruselas).

Orígenes de Roma

Mientras en la Italia meridional y en Sicilia se implantaban las colonias griegas de que hemos hablado en los capítulos anteriores, pareciendo como si toda Italia estuviese destinada a ser una Magna Grecia, en el centro de la península ocurría un hecho en apariencia insignificante, pero que debía tener consecuencias enormes para la historia del mundo. Era el 21 de abril del año 752 antes de J. C. según los cálculos de Catón, o el 753 según los cálculos de Varrón, cuando un aventurero, seguido de una caterva de emigrados o fugitivos, procedía a la fundación de una ciudad en la colina donde después se levantó el barrio Palatino de Roma. Hemos de imaginarnos, iluminado

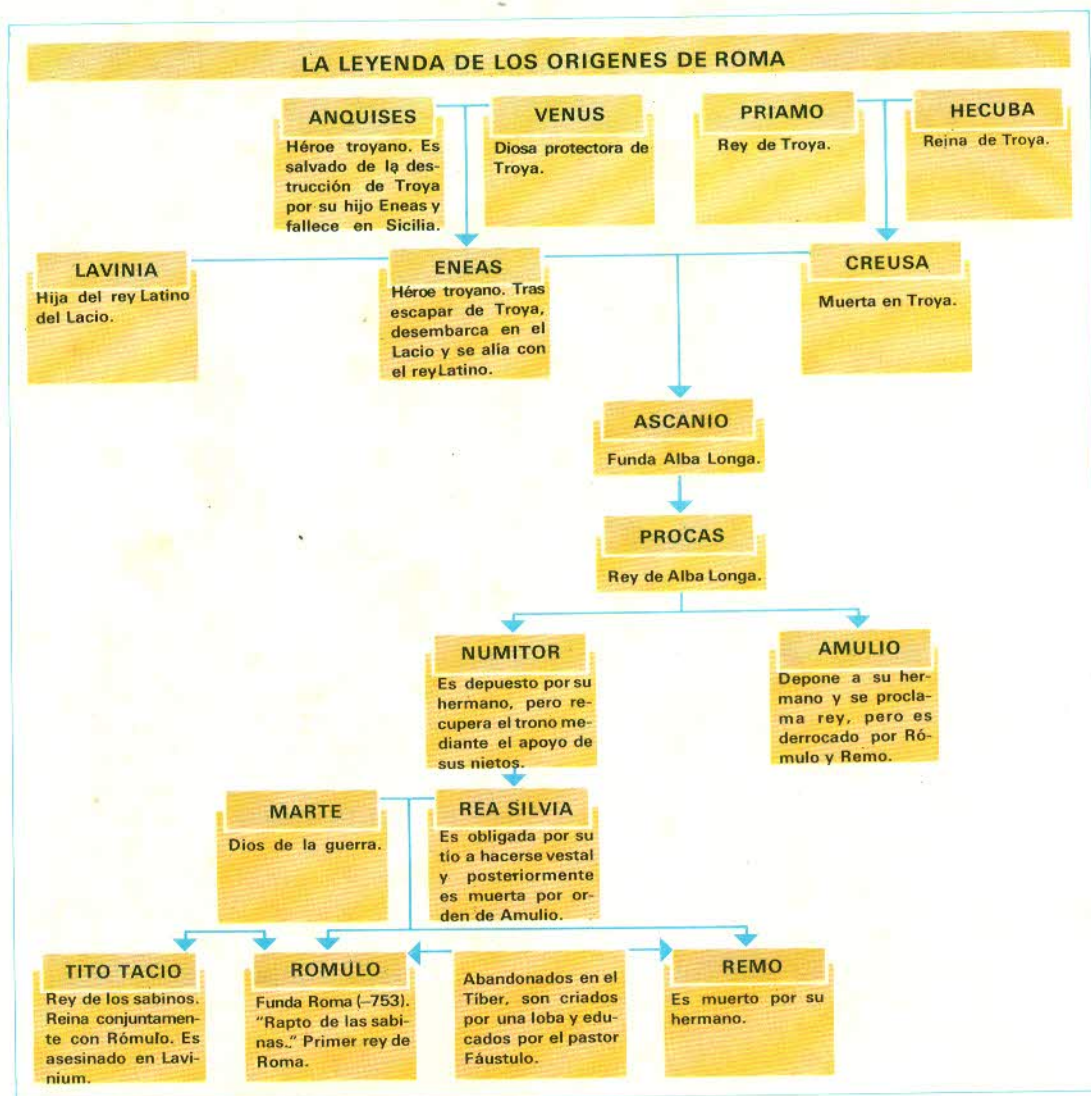
por el sol radiante de la primavera del Lacio, al grupo de caminantes desharrapados que seguían silenciosos al fundador, cuando éste, cantando, abría con el arado el surco que señala el *pomoerium* o circuito de la nueva ciudad, cuyos gloriosos destinos nadie hubiera podido predecir entonces. El lugar no era muy favorable. Desde la colina donde iba a extenderse el barrio de cabañas de la primitiva Roma se veía la llanura desolada, donde la malaria azotaba a la población hasta hacer del Lacio un verde desierto; se veían las azules siluetas de los montes Albános; se veía al río perezoso torcer su curso para llegar al mar; se veían, al Norte, las cumbres nevadas, en pleno abril, de los



Escultura de la loba capitolina sobre un capitel romano, en Aquilea. Este motivo, imitación de un bronce etrusco de la época de los reyes, fue el símbolo nacional y su iconografía se extendió por todos los dominios de Roma.

Apeninos..., todo muy bello, pero nada que pudiera tomarse como promesa de gran fortuna.

Allí no había minas ni bosques, no había una población indígena con que poder traficar; no era aquel lugar un vado único en el río ni un lugar de portazgo... Y, sin embargo, el fundador, fiel al rito que revela una antigua cultura, empezaba abriendo el surco sagrado del perímetro de la Roma antigua con un arado que tenía su punta de cobre, recuerdo de otros días más primitivos. Iba tirado por un buey y una vaca blancos y se detenía, para levantarlo, en los lugares donde había de estar cada puerta de la ciudad, para que el surco no pasara a través del espacio por donde habían de penetrar los ciudadanos. Además de señalar el perímetro de la ciudad, el fundador y sus compañeros abrieron en el centro de la meseta de la colina el famoso *mundus* o lugar sagrado, donde se depositó la gleba que habían traído de la tierra natal y varios objetos de uso diario. Después, la fiesta, los cantos y las danzas durarían toda





Escultura del siglo II de nuestra era que representa el río Tíber, imitación romana de un original griego que representa el Nilo (Museo del Louvre, París). Con su mano izquierda sostiene un remo y con la derecha una cornucopia. Protegida por su robusto cuerpo, la loba de Roma cría a los gemelos.

la noche; al menos, los romanos conmemoraban la purificación del suelo de la Roma primitiva con las fiestas lupercales, o de los lobos, por ir los cofrades vestidos con pieles de lobo, como en las danzas totémicas prehistóricas, y cada año tenían lugar las danzas saltantes, en las que los cofrades repetían los saltos del fuego del día de la fundación, hechos para aplacar a Pala, la divinidad que habitaba el monte Palatino antes de establecerse allí una ciudad. La tradición de estas fiestas y el recuerdo conservado hasta la época histórica de los detalles que acompañaron al ceremonial apenas si permiten dudar del hecho de que Roma tuvo por origen la iniciativa de un jefe llamado Rómulo, seguido de una pequeña banda de gente adicta. Con todo, estuvo en boga hace algunas décadas dudar de la existencia de Rómulo y de la fecha de la fundación de Roma, despreciando como pura fábula las leyendas del fundador y de los reyes de Roma que le sucedieron en el gobierno. No vemos razón para contradecir lo que aceptaron los antiguos romanos del tiempo de la República, que estaban separados del período de los reyes solamente por dos o tres siglos.

Al morir Rómulo, la ciudad sólo ocupaba la plataforma de la colina del Palatino, llamada *Roma quadrata* por la forma aproximadamente rectangular que tenía su perímetro. Quedan todavía restos de sus murallas de piedra y, según Tácito, en su tiempo se podía ver su recinto casi completo. La

Roma cuadrada de Rómulo tenía al menos dos puertas, por las que todavía hoy se asciende al Palatino: una es la llamada *Puerta mugonia*, en el lugar donde la vertiente no es tan escarpada y por donde los ganados descendían al valle del Foro, y otra es la llamada *Puerta romúlea*, en un tajo hecho en la roca, que es casi vertical por aquel lado.

Además, ya en tiempo de Rómulo, según la tradición, se fortificó el Capitolio, la colina inmediata a la del Palatino por el lado del río, que tenía dos pequeñas eminencias favorables para el asiento de un templo y una fortaleza. Rómulo empezó a dictar justicia sentado en su carro de guerra, que después fue la silla curul o curul de los cónsules, y estableció el ceremonial para las asambleas y los augurios.

Después de esta explicación cabe preguntarse quién era este Rómulo y a qué raza pertenecían los compañeros que se establecieron con él en el Palatino al mediar el siglo VIII a. de J. C. Tres respuestas se han dado a esta pregunta. La primera es la tradicional, que encontramos en los autores latinos, sin excepción. Para los antiguos romanos, Rómulo era un príncipe de sangre real de la antigua estirpe latina, cuya capital era *Alba Longa*, en los vecinos montes Albanos. Y estos latinos de los montes Albanos, en tiempos remotos, habían llegado de la Arcadia. Más tarde, otro nuevo enjambre de gente prehelénica había venido a Italia con Eneas, después de la guerra de Troya.



Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, el Tíber, río histórico por excelencia, es el corazón de Roma.

Esta explicación satisfacía el deseo de los romanos de no ser extraños a las gentes del Lacio, a las que querían absorber, y además, de ser parientes de los griegos y troyanos. Así, pues, la gleba que Rómulo puso en el *mundus* del Palatino era de tierra de Alba Longa, la que, a su vez, tenía por tierra madre la Arcadia del Peloponeso.

La segunda explicación del rápido crecimiento de la nueva ciudad y su aparente contraste, en un principio, con las antiguas poblaciones del Lacio es la de suponer que Rómulo y sus compañeros eran la vanguardia de otra oleada de nórdicos invasores cuya cultura acaso fuese análoga, pero seguramente más avanzada, que la de los latinos de supuesto origen arcádico. Hacia los co-

mienzos del I milenio a. de J. C. se ve arribar a la llanura del Po una nueva masa de invasores que ocupa el norte de Italia. Su llegada es un fenómeno paralelo al de la invasión dórica en Grecia, sólo que las gentes nórdicas que hacia el año 1000 invaden Italia no muestran la acometividad de los dorios, no penetran tan al Sur y se resignan a una vida de agricultores. Instalan sus viviendas en plataformas de madera cubiertas con una capa de tierra y construidas sobre troncos hincados en el suelo. Estas plataformas, de tipo rectangular o trapezoidal, estaban rodeadas de un foso, recuerdo acaso de otros tiempos, cuando, para defenderse mejor, se levantaban sobre pilotes en un lago o en un pantano. La forma trapezoidal de estas



plataformas prehistóricas del norte de Italia, llamadas *terramaras*, es extrañamente análoga a la de la Roma cuadrada del Palatino. Recordemos también que el monte Palatino tenía pantanos por dos de sus lados y el Tíber le servía de foso por otro lado. Además la planta de las *terramaras* indica que para que sus calles tuviesen una orientación perfecta debía marcarse su dirección, y por tanto fundarse la ciudad, hacia el equinoccio, que es la época en que se fija también la fundación de Roma. Y si a esto añadimos que la forma de las ciudades y campamentos romanos conservó en todo lo posible, casi como una necesidad religiosa, el recinto cuadrilátero y las calles cruzándose en ángulo recto que encontramos en las *terramaras*...

creemos que todo ello será suficiente para que el lector se explique que algunos arqueólogos sostengan que los fundadores de Roma fueron gentes recién llegadas de la alta Italia que se aventuraron hasta el Lacio y escogieron el Palatino porque la forma de esta colina les recordaba sus *terramaras*. Pero esto parecen contradecirlo los sepulcros más antiguos del valle del Foro, donde las cenizas de los muertos están depositadas en urnas de cerámica que tienen forma de cabaña, miniatura de las cabañas circulares del Lacio, que estaban construidas con troncos y ramas.

Por fin, una tercera solución para el problema del origen de Roma es la de aceptar que Rómulo era un forajido de Etruria, y

Tumba de los Horacios y los Curiacios en los montes Albanos, al lado de Roma. Según la leyenda, tres hermanos Horacios, representantes de Roma, lucharon contra tres Curiacios, representantes de Alba, para decidir cuál de las dos ciudades había de tener la supremacía. El hecho se sitúa en el siglo VII a. de J. C. La victoria de los Horacios impulsó el destino futuro de la ciudad.

Urna cineraria etrusca procedente de los Apeninos septentrionales (Villa Giulia, Roma). La incineración de los cadáveres, procedente de la cultura villanovense, dio origen a nuevas costumbres funerarias, como las urnas, al principio biconicas y cubiertas con una taza invertida o bien con el casco del guerrero cuyos restos se guardaban en ella.



Roma una ciudad-refugio. Un escritor antiguo, Dionisio de Halicarnaso, dice que en su tiempo existía una tradición muy corriente según la cual Roma habría sido fundada por los etruscos. Resultan asimismo etruscos los nombres de algunos reyes de Roma, la influencia etrusca hubo de predominar hasta mucho más tarde, y los elementos más originales de la religión y las costumbres romanas son etruscos. Los romanos ilustrados del tiempo de la República estudiaban el etrusco, como más tarde, durante el Imperio, estudiaron el griego. Pero ni aceptando esta última teoría del origen etrusco de Roma avanzamos más en la solución del enigma, porque los etruscos se han resistido a la curiosidad moderna de un modo desesperante; no conocemos nada de su origen, ni de la época de su llegada a Italia, ni el camino de su emigración, ni apenas podemos afirmar si eran o no de raza indoeuropea, aunque últimamente se tiende a suponerlos de procedencia oriental. Las inscripciones etruscas son muy

LA BATALLA DE ALALIA Y SUS CONSECUENCIAS

Mucho ignoramos de lo que fueron las relaciones mediterráneas en los movidos siglos de migraciones y trastornos étnicos en la Europa meridional, alrededor del año 1000 a. de J. C. La tradición escrita posterior ha dejado pocos hitos que nos permitan reconstruir un pasado muy complejo. Por su parte, la investigación arqueológica es todavía incompleta y no siempre es fácil desentrañar su significado en los problemas que se refieren a movimientos de pueblos.

Respecto de Hispania y el Extremo Occidente, en general, conocemos el reino de Tartessos y sus relaciones con griegos y púnicos y, a través de noticias esporádicas, adivinamos una porfiada pugna entre Roma, aliada de los griegos, en los que apoya su intento de expansión política, y Etruria, cuyas ciudades están unidas por pactos a los cartagineses. Entre los escasos datos que poseemos para reconstruir el complejo cuadro de esa época, se halla cuanto se refiere a la colonia focea de Alalia, en la costa oriental de la isla de Córcega (Aleria), frente y próxima a las costas de la Toscana. Es Heródoto quien nos lo cuenta.

Dicha ciudad era una fundación de Focea, una de las metrópolis jonias en la costa del Asia Menor, no lejos de Esmirna, cuyas ruinas han sido incompletamente excavadas. Ante el peligro persa, los habitantes de la ciudad, tras consultar al oráculo, habían decidido trasladarse en masa a la Magna Grecia para fundar allí una nueva Focea. El propio monarca tartesio, Argantonio, les había invitado a trasladarse a sus dominios y les dio plata que les permitiera fortificarse y resistir a los

invasores. Esto impulsó a una parte de la población de Focea, pues no toda quiso emigrar, y aun de los que emigraron, una parte volvió a su patria, a fundar en la costa oriental de Córcega la colonia de Alalia. Ello ocurría a mediados del siglo VI antes de Jesucristo.

La situación de Alalia, enfrente y próxima a la costa etrusca, facilitaba las campañas piráticas y de ataques y saqueos que parecían como formas normales de vida en el inquieto Mediterráneo de aquella época. Naturalmente, la reacción etrusca debía apoyarse en otro pueblo aliado suyo de antiguo y rival nato también de los griegos, el cartaginés. De la amistad entre etruscos y púnicos podemos juzgar hoy gracias a las cuatro placas de oro descubiertas en un santuario de Pyrgi, el puerto de la vecina Caere, y que contienen textos en etrusco y en púnico. Este texto confirma las excelentes relaciones entre etruscos (y, por tanto, también la Roma etrusca) y los cartagineses, y prueba la autenticidad del primer tratado entre Roma y Cartago alrededor del 510 a. de J. C., del que nos habla Polibio y que se había puesto en duda.

Consecuencia del conflicto entre foceos y etruscos fue la batalla naval que se libró en aguas de Alalia. Sesenta navas lucharon de cada parte y los griegos triunfaron sobre los etrusco-cartagineses. Pero con una victoria que Heródoto califica de caduca, ya que los foceos perdieron cuarenta navas y las veinte restantes quedaron maltruchas. La fecha de la batalla no puede precisarse con exactitud, pero debe fijarse entre el año 540 y el 535 antes de Jesucristo.

Los foceos de Alalia, convencidos de que no podrían continuar la lucha contra sus poderosos rivales, decidieron abandonar la colonia, marchando la mayor parte de sus gentes al sur de la Campania, donde fundaron la colonia de Velia (Elea). Parte de la población es probable que llegase a Massalia (Marsella), a su vez fundación focea, e incluso que algunos grupos se dispersaran en otras colonias de la Magna Grecia y en la masaliota Emporion (Ampurias), en el golfo de Rosas. Así se explica el súbito crecimiento de la población griega de Emporion, que obligaría a establecerse en tierra firme, junto al poblado anterior, partiendo del pequeño establecimiento de la paleópolis.

Las consecuencias de la batalla de Alalia en la política y el comercio del Mediterráneo occidental fueron grandes. Significó el cierre de los caminos marítimos de la Magna Grecia hacia la Provenza y el nordeste español. Pero también se iba a cerrar la vía hacia el sudoeste y el estrecho. Pocos años después de Alalia, alrededor del 500 a. de J. C., Tartessos es destruida por los cartagineses y el estrecho queda cerrado para los navegantes y mercaderes griegos. Siguen unos siglos en que se olvidan las rutas atlánticas y sólo con Piteas se vuelve a establecer contacto directo con aquéllas. Los cartagineses difundieron noticias terroríficas sobre los peligros del océano.

Es difícil imaginar todas las consecuencias que tuvo este predominio púnico, que expulsó a los griegos de las grandes rutas del Atlántico y de buena parte de las costas hispanas.

L. P.

abundantes; se leen, pero no se comprenden. El tipo étnico de los etruscos resulta muy claro por los retratos funerarios de las necrópolis, mas su filiación es un misterio.

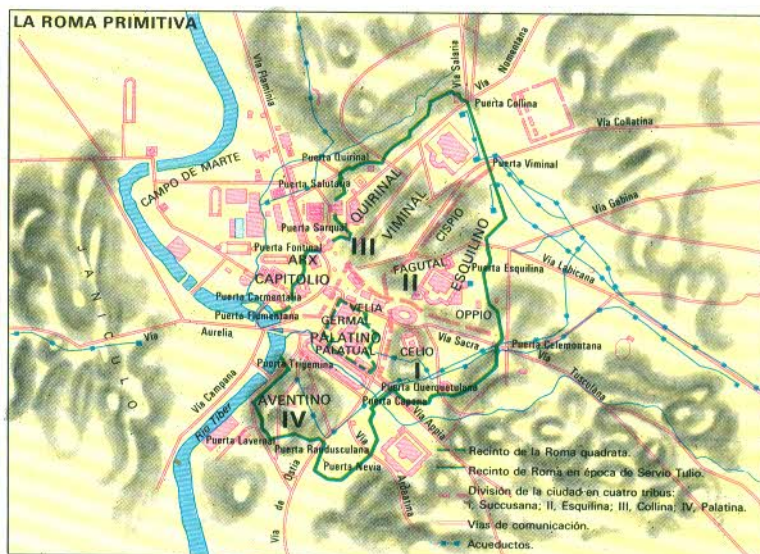
Sin embargo, en los primeros siglos de la historia de Roma las guerras más sangrientas de los romanos fueron sostenidas con los etruscos. Estos molestos vecinos ocupaban la Italia central desde el Tíber hasta Florencia y rebasaban el Apenino, llegando al Adriático por la parte de Bolonia. Algunas de sus ciudades, como Cere, Veies, Tarquinia y Faleria, cuyo territorio lindaba con el de Roma, miraban con recelo a la nueva competidora y trataban de ahogarla antes que se engrandeciera. En Etruria se refugiaban para conspirar los políticos romanos descontentos; en cambio, llegaban a Roma desde Etruria no sólo ideas, costumbres y mercaderías, sino emigrados también de alta categoría, como los Tarquinos y los Claudios. Queda, pues, sin aclarar el problema del origen de los primeros pobladores de la Roma romúlea.

Cualesquiera que fuesen los primeros pobladores de Roma, pronto vieron acudir nuevos inmigrantes. Rómulo parece haber estimulado esta inmigración creando un lugar de refugio en el valle pantanoso entre el Capitolio y el Palatino llamado el Foro. La tradición añade que estos habitantes del valle no tenían mujeres y que, para procurárselas, Rómulo se valió de la estratagema de invitar a una fiesta a los habitantes de las montañas sabinas, robándoles sus esposas e hijas cuando los huéspedes estaban distraídos contemplando los juegos. El resultado fue una guerra entre los romanos y los sabinos, que terminó instalándose los agraviados en Roma y reinando con iguales derechos el fundador Rómulo y el rey de los sabinos, llamado Tacio. El reinado de Rómulo y Tacio, asociados, duró poco tiempo; Tacio fue asesinado en Lavinium y Rómulo continuó reinando solo. Esto parece indicar que no se reconoció a los recién llegados el derecho de elegir el sucesor de su jefe muerto; en cambio, la asamblea de los ancianos de la Roma romúlea, o *Senatus*, que constaba de cien miembros, dobló su número a consecuencia de la llegada de los sabinos.

He aquí, pues, a Roma ya con tres grupos de gentes: los primeros, los compañeros de Rómulo; los segundos, los refugiados etruscos que se instalaron en el valle del Foro, y los terceros, los sabinos, que de enemigos se convirtieron en conciudadanos. No sabemos qué relación puedan tener estos tres grupos con la antiquísima división de los romanos en las tres tribus de Ramnes, Tities y Luceres; acaso los primeros serían los primitivos seguidores de Rómulo, y los segundos y terceros los nuevos asociados sabinos y etruscos. Tam-



Estatuilla de bronce del siglo VIII a. de J. C. que representa un guerrero sardo. La civilización indígena de Cerdeña ya se manifestaba, en los albores de Roma, con piezas de este estilo imperfecto y moderno al mismo tiempo.

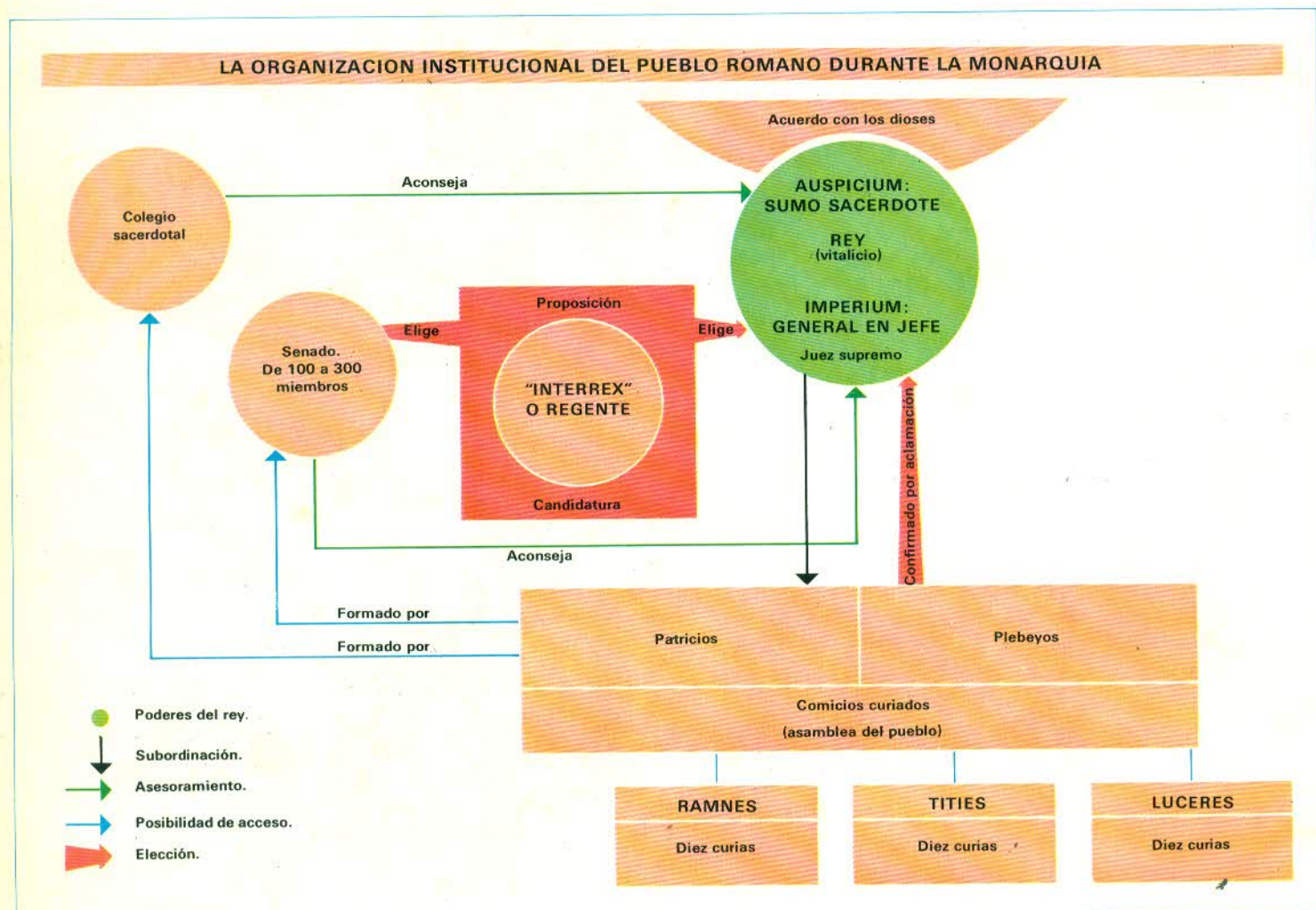




Crátera etrusca con decoración geométrica del siglo VII a. de J. C. procedente de Caere, no lejos de Roma (Museo Capitolino, Roma).

poco sabemos si los sabinos se instalaron en el Palatino o formaron un grupo aparte en el Quirinal. Hasta la época histórica se conservó cierto dualismo en Roma; a los habitantes del Quirinal se les llamaba "gentes de la colina", tenían fiestas y danzas análogas a las de los del Palatino, aunque se celebraban en otras fechas, como si quisieran conmemorar la fundación de esta segunda ciudad. Pero tanto los cantos de los cofrades de las fiestas lupercas del Palatino como los del Quirinal debían de ser antiquísimos; eran repetidos en un lenguaje que resultaba casi incomprensible aun para gramáticos como Quintiliano.

Rómulo desapareció de entre los hombres de un modo sobrenatural. Según una leyenda, el cielo se cubrió de espesas tinieblas y, en medio de truenos y relámpagos,



LOS ETRUSCOS

El origen del misterioso pueblo etrusco es aún un enigma, como también lo es el desciframiento de su lengua, a pesar de los miles de inscripciones conservadas, de las cuales, empero, ninguna es bilingüe. Tres son las teorías que han encontrado mayor eco entre los historiadores.

La primera, orientalista, se basa en un texto del historiador Heródoto y busca el origen de los etruscos en el Oriente eggeo-anatolio. La segunda, septentrionalista, los hace venir del Norte, como descendientes de los terramarícolas y villanovenses. La tercera se basa en una opinión que, ya en la antigüedad, emitió Dionisio de Halicarnaso. Según esta teoría, los etruscos eran un pueblo autóctono, es decir, una de las muchas ramificaciones de los itálicos neolíticos que formaron luego el gran tronco mediterráneo.

Quizá las tres teorías tienen un fondo de verdad, razón por la cual desde hace algún tiempo se prefiere afrontar la compleja cuestión etrusca prescindiendo de su origen y considerándola como un problema de formación étnica y cultural *in situ*. Estas tres teorías opuestas tienen así algo en común, en el sentido de que los tirrenos venidos de Lidia de que nos habla Heródoto debían ser realmente originarios del Oriente eggeo-anatolio. (He aquí algunas pruebas significativas de esta suposición: por ejemplo, ciertas inscripciones egipcias del siglo XIII a. de J. C. enumeran entre los pueblos del mar a los tursha, nombre de proveniencia etrusca; algunos ritos religiosos etruscos, como la hepatoscopia u observación del hígado de los animales sacrificados para hacer previsiones del futuro, son análogos a algunas costumbres de Babilonia; la disposición de las grandes necrópolis etruscas es semejante a la forma de las tumbas anatólicas; en la isla de Lemnos, frente al Asia Menor, se encontró una inscripción del siglo VI a. de J. C. en una lengua muy similar a la etrusca.)

Siempre según la primera teoría, los tirrenos llegaron en orden abierto, en oleadas sucesivas, sin ser todas originarias de un mismo lugar o región (un eco de la idea de migración se conserva quizás en las leyendas relacionadas con la llegada de Eneas al Lacio), y en las tierras toscanas encontraron, junto a grupos de villanovenses llegados poco antes, que ya habían descubierto y valorizado las minas locales, una población autóctona preexistente, los rasenna (éste era el nombre que se daban a sí mismos los etruscos), a quienes llevaron una civilización superior muy helenizada (el alfabeto que usaban era una adaptación del griego, su patrimonio cultural y artístico se presenta rico en leyendas, divinidades y obras de arte griegas) y el talento nativo de organizadores.

Apoyados en las antiguas tribus del lugar, poco indoeuropeizadas, lo mismo que las que ocupaban el Lacio, y viviendo, hasta la primera edad del hierro, en estado de civilización retrasada, los tirrenos chocaron pronto con la oposición de los villanovenses, cuya llegada del otro lado del Adriático o del Norte era reciente, pero que ya estaban modificando la facies étnica lingüística con influencias fundamentales que quedaron luego en la formación final del pueblo etrusco. De esta confluencia de tantos elementos diversos, culturales, étnicos, lingüísticos y religiosos, salió la nueva civilización etrusca, que tanta influencia había de tener en la historia de Roma y de Italia.

Esta manera de plantear el problema etrusco permite aclarar algunas dificultades de fondo con las que tropezaba cada una de las teorías apuntadas. Ante todo se puede explicar cómo en algunas zonas marginales de Etruria se conservó la lengua llevada por los villanovenses, que se hallaban ya a punto de sucumbir debido a los continuos ataques de los autóctonos, a quienes el apoyo de las migraciones orientales, portadoras de una lengua afín

de tipo mediterráneo, conservaba en renovado vigor. También queda explicada, sin necesidad de suponer la ocupación estable de algunas regiones de Italia por los etruscos, la afinidad entre muchos topónimos de la Toscana y los de otras zonas de Italia, que supone la presencia, en Etruria y en otras partes de la península, de un sustrato étnico uniforme muy poco indoeuropeizado, anterior a la llegada de los villanovenses, que convencionalmente se podría llamar "tirreno".

Por fin, se explican también los elementos de la lengua etrusca afines a los dialectos itálicos, que han inducido erróneamente a algunos lingüistas a considerar dicha lengua dentro del grupo indoeuropeo. Por el contrario, la afinidad entre el etrusco y los dialectos itálicos debería depender de dos hechos: en primer lugar, que en los dialectos itálicos, incluso después de la indoeuropeización, se conservaron muchos elementos de las antiguas lenguas preindoeuropeas, a las que perteneció el etrusco, y en segundo lugar, que en la formación de esta lengua confluyeron también muchos elementos del estrato étnico villanovense, cosa demostrada por las inscripciones halladas en Toscana, en los numerosos sepulcros de incineración de la zona de Tolfa y Allumiere, en Caere, etcétera, y por los testimonios del dialecto falisco, hablado en la ciudad de Faleri, que se considera afín al latino.

Por tanto, así como el sustrato étnico del Lacio, anterior a la llegada de los villanovenses, fue igual al de Etruria, así también las afinidades toponímicas y de cualquier otro tipo entre las dos regiones no son necesariamente prueba de una estable y vasta ocupación del Lacio por los etruscos. Esta conclusión es de gran importancia a la hora de identificar los componentes étnicos que dieron origen a la población del Lacio en los primeros tiempos de su historia.

A. B.

el fundador de Roma fue arrebatado por los dioses. Así no extraña que más tarde fuera venerado con el sobrenombre de Quirino, o el dios de la lanza. En cambio, desde antiguo se enseñaba en el Foro romano el lugar de su sepultura, cubierta con una piedra negra, que posteriormente ha sido excavada. Debajo del *lapis niger* apareció un monumento funerario, compuesto de dos leones que guardan una estela con caracteres arcaicos.

No obstante el carácter guerrero de Rómulo y de haber querido convertirle en el organizador de la milicia romana, durante su gobierno la ciudad parece crecer más por absorción de elementos forasteros que por conquistas de nuevos territorios.



Urna cineraria etrusca procedente de una necrópolis villanovense (Villa Giulia, Roma). Las urnas cinerarias halladas en la región del Lacio nos dan una idea, según los expertos, de cómo serían las casas primitivas construidas en las colinas de Roma.

Detalle de una losa sepulcral etrusca del siglo VII a. de J. C. (Museo Nacional Tarquiniese, Tarquinia).



Pendiente y broche de oro procedentes de las excavaciones de Populonia (Museo Arqueológico Nacional, Florencia).



A la muerte del fundador, las colinas vecinas al Palatino, esto es, el Capitolino y el Quirinal, y aun el Celio y el Aventino, estarían pobladas de cabañas diseminadas, formando campamentos separados más bien que una ciudad levantada según un plan regular.

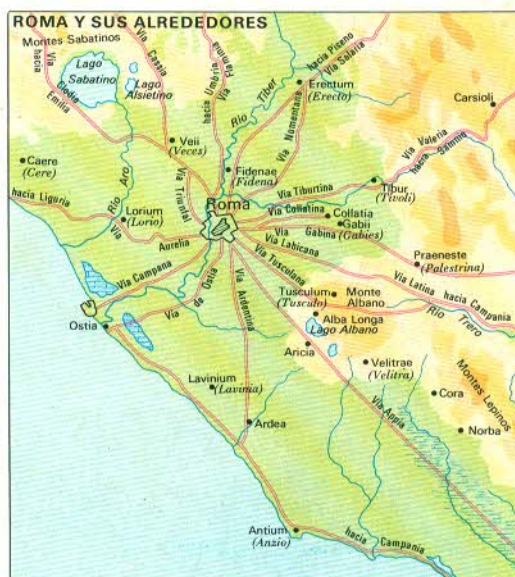
Al inmediato sucesor de Rómulo corresponde el trabajo de consolidar y unificar la nueva población. Y como la ciudad era principalmente una organización religiosa, el sucesor de Rómulo es el rey-sacerdote Numa Pompilio, quien conversaba a solas con una ninfa que le inspiraba cambios acertados en la legislación y las costumbres. Todavía hoy se enseña en Roma el bosquecillo, cerca de la puerta Camena, adonde Numa Pompilio iba para entrevistarse con el genio del

Lacio. Aunque el nombre de Numa Pompilio parece ser etrusco, la tradición asegura que representaba al elemento sabino de Roma; él fijó las ceremonias de los funerales y dividió los días en fastos y nefastos, lo que tuvo consecuencias para el régimen del estado.

A la muerte de Numa, el Senado, o asamblea de los ancianos, eligió por rey a un romano llamado Tulio Hostilio, descendiente de uno de los compañeros de Rómulo, que había luchado con él contra los sabinos. Tulio Hostilio es el típico rey guerrero, a quien se atribuye la campaña contra Alba Longa, la supuesta ciudad madre de Roma. Con la destrucción de Alba empieza la conquista del Lacio por los romanos.

El cuarto rey de Roma, Anco Marcio, era nieto de Numa Pompilio y manifestó el mismo interés por las cosas religiosas que había demostrado su abuelo. A Anco Marcio se atribuye el primer puente sobre el Tíber, para comunicar la ciudad con el barrio que empezaba a formarse en la colina del otro lado del río, llamada el Janículo. El puente debía de ser una obra sagrada, porque estaba construido de madera —reminiscencia de los días de la edad de piedra, cuando en lugar de clavos de metal se usaban clavijas de madera—, y lo guardaban los sacerdotes o *pontífices*, restaurándolo según estrictos ritos religiosos.

Así creció Roma durante el siglo VII, extendiéndose a cada lado del Tíber y hasta conquistando a sus vecinos; pero, a pesar de su engrandecimiento, no debía de cambiar mucho su típico carácter de acumulación desordenada de casas. Fueron los tres últimos reyes de Roma los que urbanizaron aquella agregación, dándole el aspecto de verdadera urbe, con calles y edificios. Estos tres últimos reyes de Roma son etruscos y representan la influencia de Etruria en Roma durante sus tres reinados, que llenan algo más de un siglo, desde el 616 hasta el 509 antes de J. C. La historia del primero de estos reyes etruscos, y quinto rey de Roma, es muy característica de su tiempo. Era de origen griego; su padre, llamado Demarato, fue un noble de Corinto que, descontento de la tiranía de los Cipsélidas en su patria, había emigrado primero a Esparta y después a la lejana Etruria, donde hizo fortuna y se casó. El hijo de Demarato, llamado Lúculo, vivía del comercio en la ciudad etrusca de Tarquinia; pero adivinando el porvenir de Roma, pasó a establecerse en ella, acompañado de su esposa Tanaquil. Hallándose Lúculo camino de Roma, una águila pasó volando sobre la cabeza del negociante etrusco-corintio y le arrebató la gorra con grandes chillidos. Esto fue interpretado



Urna funeraria etrusca (Museo Arqueológico, Siena). La tapa representa al difunto en actitud recostada. Los lados de la urna están decorados con relieves de escenas guerreras y sangrientas.

Tumba del siglo VI a. de J. C. hallada en la localidad romana de Populonia.



como augurio muy favorable por Tanaquil, y con tan buenos auspicios los dos esposos se instalaron en Roma. El nombre de Lúcumo lo pronunciaron los romanos como Lucio, añadiéndole el sobrenombre de Tarquino.

La reputación del rico extranjero hizo que el rey Anco Marcio se interesara por Lucio Tarquino, y con la influencia conseguida ya en vida del viejo monarca y la habilidad y tretas con que se manejó en la elección, a la muerte de Anco Marcio el etrusco semigriego fue proclamado su sucesor.

El primero de los Tarquinos, o Lucio Tarquino, como le llamaban los romanos, cayó herido de muerte en una revolución de palacio; sin embargo, su viuda Tanaquil consiguió otra vez imponer su voluntad al Senado. El candidato de Tanaquil era hijo de un esclavo que había servido como mayordomo a Tarquino, y este hombre de oscuro origen, y además extranjero, hubo de ser el más querido de los reyes de Roma después de Rómulo. Se llamaba Servio Tulio y su nombre lo pronuncian todavía los romanos modernos con respeto; a él se atribuyen las formidables murallas de bloques escuadrados. Pero, sobre todo, Servio Tulio se ha hecho famoso por las reformas políticas a él atribuidas, con las que se pretendió hacer justicia a los burgueses y al pueblo romanos, aunque no con tanto acierto como buena intención. La mayor parte de las lu-

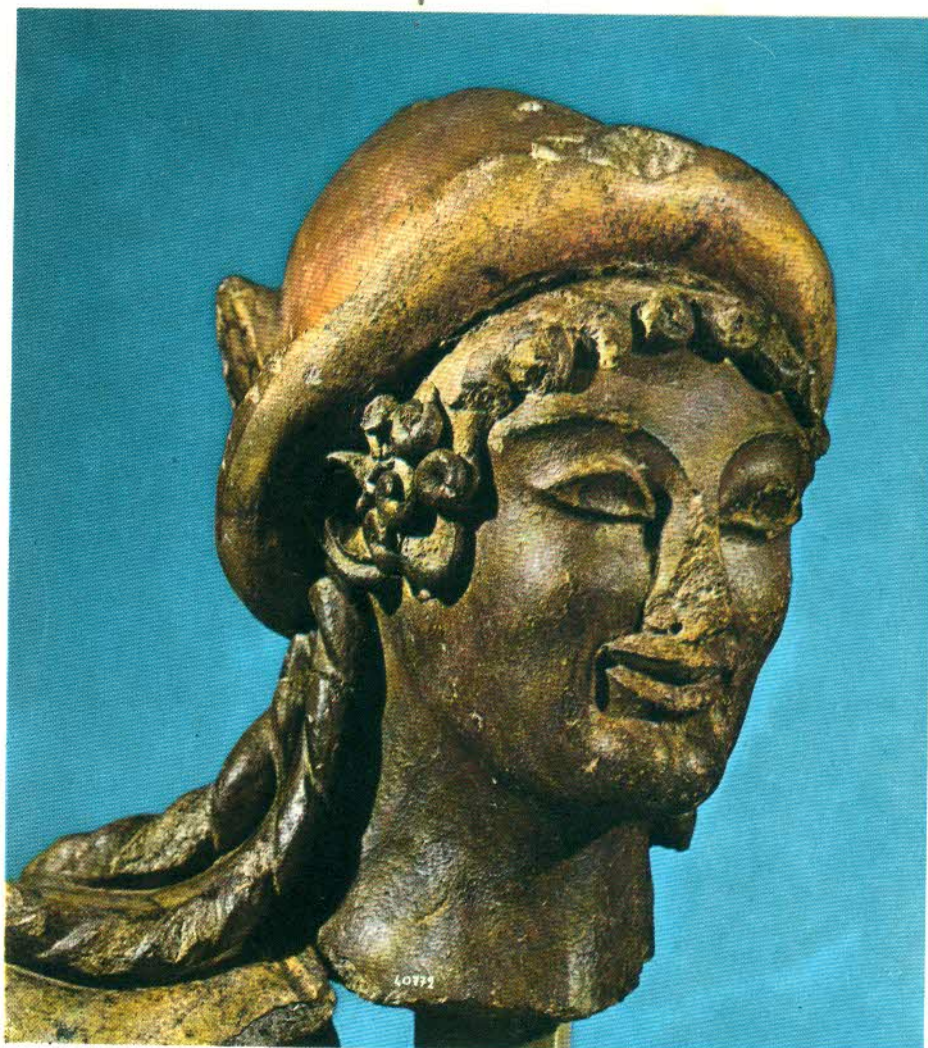
chas civiles de Roma tuvieron que sostenerse por esta causa. El asunto es tan importante, que requerirá que volvamos a tratar de él más adelante; por ahora sólo añadiremos que, según es fama, Servio Tulio hizo el primer censo de Roma y murió asesinado por los hijos de Lucio Tarquino.

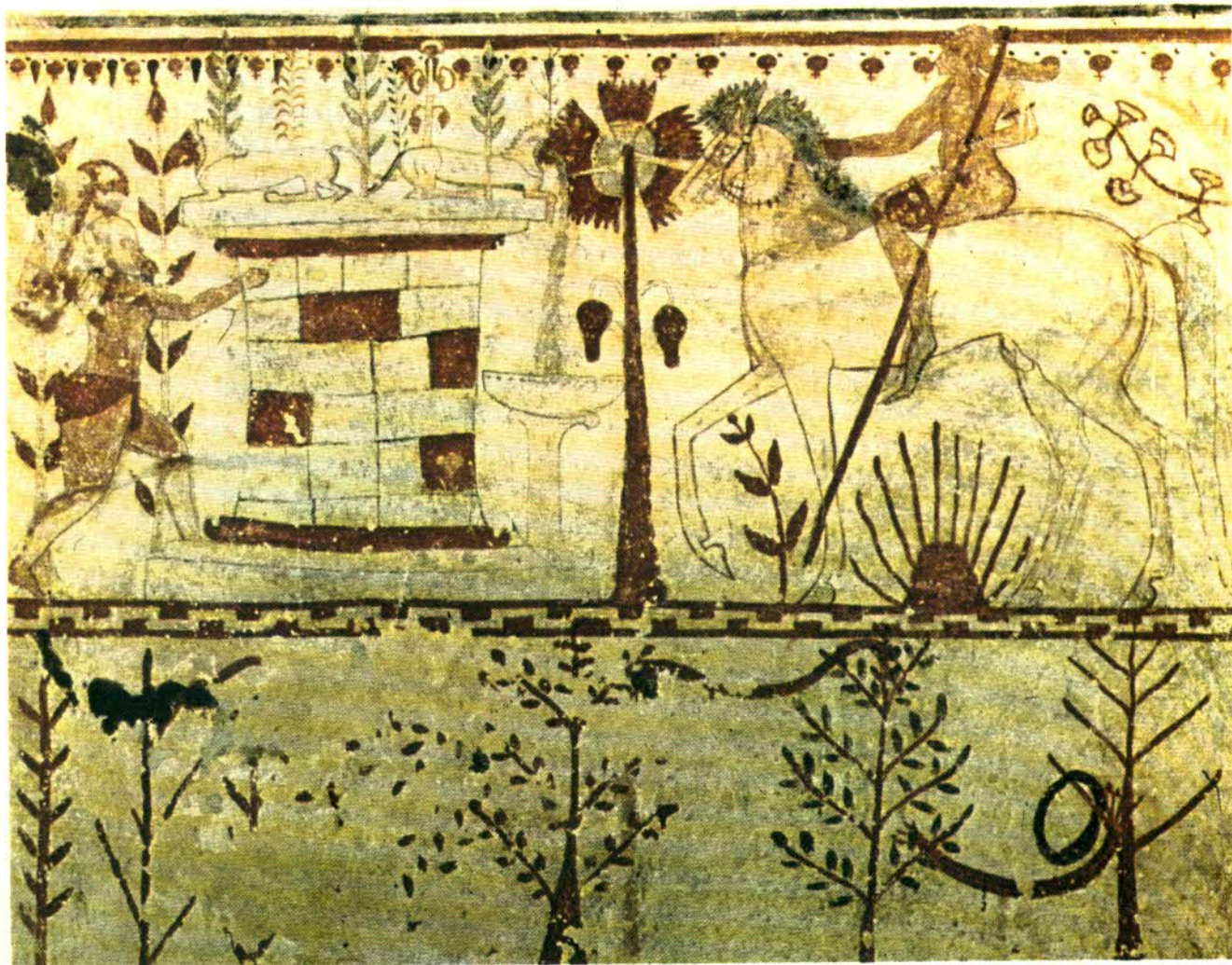
Uno de ellos, llamado Tarquino como su padre y por sobrenombre el Soberbio, fue elegido o aceptado como rey por el Senado. Es el último rey de Roma. La tradición le acusa de los mismos crímenes que hicieron odiosos a los tiranos griegos; esto es, de rodearse de una guardia personal, de ejercer justicia arbitrariamente, de despreciar al Senado, etc. Como todos los tiranos, tuvo que distraer al pueblo con aventuras militares y emprendiendo construcciones de carácter monumental, para que no se diera cuenta de la pérdida de su libertad, y para satisfacer indirectamente algunas de sus necesidades. Se atribuyen a los Tarquinos las primitivas cloacas de la ciudad; el templo del Capitolio, para sustituir al primitivo santuario levantado por Rómulo, y la terminación de las murallas, que había empezado a construir Servio Tulio. Las principales calles fueron empedradas con bloques poligonales de granito. A la caída de los Tarquinos, los romanos decían que los últimos reyes hubieran acabado por convertirlos en un pueblo de picapedreros y albañiles. Con todo, Tarquino el Soberbio consolidó el prestigio de Roma con triunfos militares y diplomáticos. Su hijo Sexto, pretextando una querrela con su padre, se refugió en la vecina ciudad de Gabies, y adquirió en ella tal predominio, que pudo abrir sus puertas a los romanos. Tarquino atacó a Signia, más al Sur, en el camino de Nápoles; en cambio, durante el reinado de los dos Tarquinos y el de Servio Tulio todo revela paz con el Norte, como si se hubiera asegurado una alianza con la Etruria, de donde procedían. La caída de la monarquía fue motivada por la torpe violencia cometida en la persona de Lucrecia por Sexto, el hijo de Tarquino, aunque tal vez en esta leyenda se esconda una excusa para justificar la revuelta del Senado, cansado de los abusos e ilegalidades de los últimos reyes de Roma. Parece, en verdad, que los Tarquinos despreciaron deliberadamente todas las costumbres más veneradas de los viejos romanos. El hecho de que un siervo les fuese impuesto por rey constituía para los patricios un sacrilegio. La conducta posterior de Servio Tulio, tan admirada por el pueblo, no podía justificar su elección. Como buenos etruscos, los Tarquinos, con su lujo y costumbres licenciosas, ofendían a los viejos romanos, y además se corría el peligro de que el pueblo

y los jóvenes patricios se dejaran seducir por aquellas novedades.

La revolución estalló el año 509 a. de Jesucristo, cuando Tarquino el Soberbio estaba sitiando otra ciudad del Sur, la antigua Ardea. El Senado, convocado por Bruto, declaró abolida la monarquía y dispuso que el rey y su familia fuesen desterrados para siempre de Roma. El ejército organizado por Bruto consiguió reunirse con las milicias romanas acampadas delante de Ardea, que abandonaron a Tarquino sin dar batalla. Tarquino, con sus hijos y yernos, soliviantaron a las gentes de los alrededores de Roma y con ayuda de los etruscos pretendieron reconquistar el poder. Hasta dentro de Roma tenían partidarios. Bruto tuvo que condenar a muerte a sus dos hijos, que conspiraban para el restablecimiento de la monarquía. Pero estas mismas luchas tuvieron por efecto consolidar la revolución. Durante varios siglos la sola sospecha de querer proclamarse rey fue considerada como el mayor crimen que pudiera cometer un ambicioso. Tarquino murió en la Italia meridional y allí llevaría una vida de gran señor,

Cabeza de Hermes de fines del siglo VI a. de J. C. (Villa Giulia, Roma).





Fresco etrusco del siglo VI antes de J. C. en una de las paredes de la tumba de los Toros, la más antigua de las halladas en Tarquinia, capital de la antigua Etruria.

porque se ha hallado un sepulcro en Cumas con una veintena de sarcófagos de sus familiares.

Los siete reyes de Roma, desde Rómulo a Tarquino, gobernaron casi dos siglos, desde el 753 al 510 a. de J. C. La obra de los reyes de Roma fue mal interpretada durante el tiempo de la República, añadiéndose a la historia tantos episodios fabulosos, que se llegó a dudar hasta de la existencia de los mismos monarcas. Livio, escribiendo en tiempo de Augusto, acaba su prefacio de la historia de Roma diciendo que no quiere preocuparse mucho en distinguir lo que hay de verdad y de mentira en toda esta parte de su relato. "No es mi intención —dice— el afirmar o refutar estas poéticas leyendas..."

Pero lo positivo es que sobre aquellas colinas que encontraron desiertas, los sucesores de Rómulo levantaron una gran ciudad murada. Ninguna otra ciudad, ni en el Lacio ni en Etruria, podía impedir ya la futura grandeza de Roma. Por el Sur tenía abierto el camino de su penetración en la Italia meridional, y el puerto de Roma, en la desem-

bocadura del río, llamado Ostia (que quiere decir *boca*), sería un lugar de gran tráfico ya en tiempo de los reyes, porque —según la tradición— en 509, el primero de la República, Roma y Cartago regularon con un tratado de comercio los derechos de sus respectivas marinas en el Mediterráneo. Polibio nos ha conservado el texto de este documento, que refleja más bien la importancia que había conseguido Roma en tiempo de los reyes que la de la flamante república romana, que contaba meses de existencia. He aquí el texto del tratado, tal como lo leyó Polibio, ya con dificultad, en los archivos del Capitolio:

"Los romanos y sus aliados no navegarán más allá del cabo Farina, excepto si se viesen obligados a ello por tempestades o por enemigos... Si arriban a nuestros puertos (cartagineses) no comprarán ni tomarán nada, excepto lo que necesiten para reparar sus buques y para hacer los sacrificios a sus dioses, y marcharán antes de que pasen cinco días. Los buques romanos que arriben para traficar a la costa de Africa o a Cerdeña

no deberán satisfacer impuestos, excepto los salarios del pregonero y del notario, y en todas las ventas que se hagan con auxilio de estos oficiales, el estado garantizará el pago al vendedor. Y lo mismo si algún buque romano arriba a la parte de Sicilia sujeta a los cartagineses. En cambio, los cartagineses se comprometen a respetar las ciudades del Lacio sujetas a Roma, y hasta aquellas otras ciudades latinas que no dependan directamente de los romanos. Si alguna vez los cartagineses se ven obligados a ocupar una de estas ciudades, se comprometen a restaurarlas, sin ningún daño para los romanos, y por ningún concepto construirán una fortaleza en territorio latino. Si por alguna razón los cartagineses entrasen en el Lacio armados, no deberán permanecer allí más que hasta la caída de la tarde...". Cartago trata ya a Roma de potencia a potencia. Roma se manifiesta cabeza del Lacio; se interesa no sólo por las ciudades que de ella dependen, sino también por aquellas que todavía son independientes. Es una política que reclama el Lacio para los latinos, que quiere decir el Lacio para los romanos. Roma no consentirá que los cartagineses establezcan colonias ni fortalezas ni aun en los lugares que no son suyos, desde la frontera de Etruria hasta las tierras de los griegos en la Italia meridional. A pesar de las restricciones a que la constriñen los fenicios de Cartago, Roma revela ya en este tratado el



Terracota pintada de la parte superior de un sarcófago de Cervetri, de hacia 500 a. de Jesucristo, con representación de la pareja de difuntos recostados en un lecho durante un banquete (Museo del Louvre, París). Es una muestra de la fase arcaica del arte etrusco y proviene de la metrópoli de la antigua Caere.

mismo sentido político que la capacitará más tarde para gobernar el mundo.

¿A qué se debe, pues, esta fuerza de Roma, que mientras las otras ciudades del Lacio no pasaron de ser pequeñas poblaciones amuralladas, Roma creció y las dominó, y con ellas a remolque fue a conquistar el mundo? Difícil es explicarse la razón de este fenómeno. Ya hemos visto que la situación de Roma no era en extremo favorable. Cicerón, pensando seguramente en su mansión del Palatino, nombra a Roma la ciudad de "saludables colinas rodeadas de pestilentes campos". En más de una ocasión se pensó en cambiar el asiento de Roma por otro que fuese más sano. Esto en cuanto al lugar; por lo que respecta a sus pobladores, no se ve en la raza nada diferente de las demás gentes del Lacio. Acaso el secreto de su fuerza estribe en su posición, fronteriza con



Jarro etrusco del siglo V a. de J. C. (Museo Arqueológico, Florencia).

Etruria y Sabinia, que obligó a que se mezclasen en aquel lugar dos o tres tipos humanos. Pero lo más probable será que la grandeza de Roma fuera debida a sus instituciones políticas y a cierta elasticidad para cambiarlas a tiempo, lo que hizo del pueblo romano el pueblo legislador por excelencia y el pueblo capaz de comprender la naturaleza de las gentes más diversas y gobernarlas sin ofensa. Vamos a ver, siquiera sea sumariamente, en qué consistían estas instituciones desde los primeros años de su historia.

Por de pronto, el rey era elegido por el Senado, a propuesta de un *interrex*, o regente, que debía anunciar quién era su candidato dentro del término de cinco días. Si no lo proponía durante este período, el Senado elegía otro regente. La elección de rey la hacía, pues, el Senado, pero necesitaba ser confirmada por aclamación en la asamblea del pueblo todo, reunido para el objeto. El cargo de rey era vitalicio, con poder absoluto como juez, sin apelación, y como general en jefe, con derecho para declarar la guerra y hacer

la paz sin pedir consentimiento a nadie. El Senado podía aconsejarle, pero sólo cuando el rey se lo pedía. Recordemos que el Senado era un consejo compuesto primero de cien miembros, más tarde de doscientos y finalmente de trescientos, todos ellos cabezas de las familias de abolengo, que es tanto como decir patricios (*patres*).

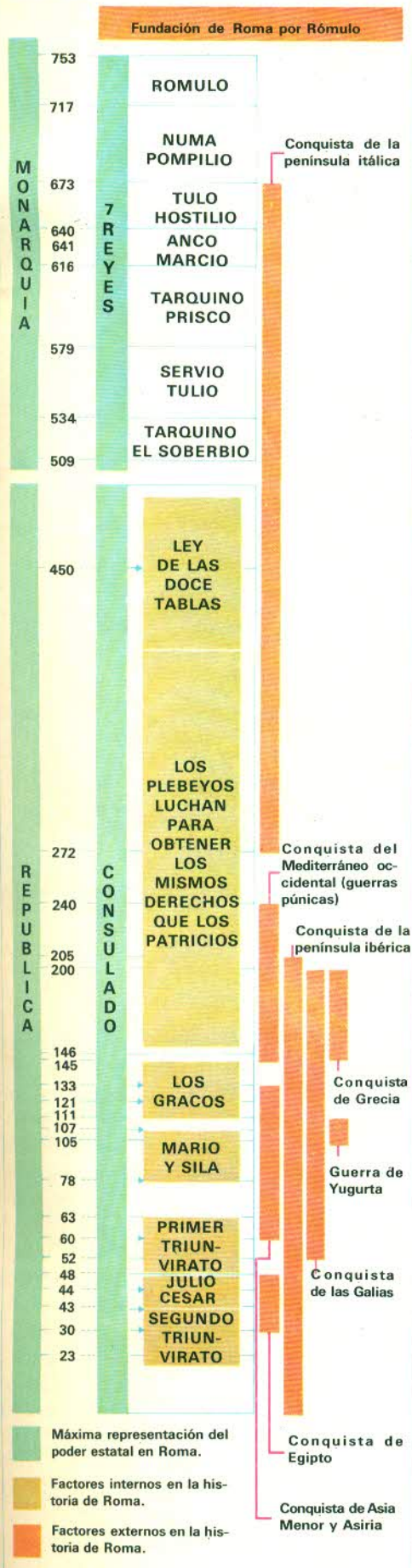
Al caer la monarquía se crearon dos nuevos magistrados, llamados *cónsules*, que recibieron todas las facultades de los antiguos reyes. Sólo que, como eran dos en lugar de uno, podían mutuamente corregirse y vigilarse. Además, ejerciendo su cargo durante el corto período de un año, los cónsules no tendrían tiempo de cometer grandes excesos de poder.

¿Quiénes eran los patricios, que conservaban el monopolio del gobierno a través del Senado y de los cónsules, nombrados de entre su clase? ¿Quiénes eran los plebeyos, que necesitarían de otra autoridad (la de los tribunos) de su misma condición? Hemos visto que los más antiguos sepulcros del Foro

“Las sabinas interponiéndose entre romanos y sabinos”, cuadro de J. L. David (Museo del Louvre, París). Según la tradición, las sabinas, raptadas por los romanos y convertidas en sus esposas, impidieron una sangrienta batalla entre ambos pueblos cuando los sabinos, indignados por el ultraje, llegaron a Roma y atacaron a sus habitantes.



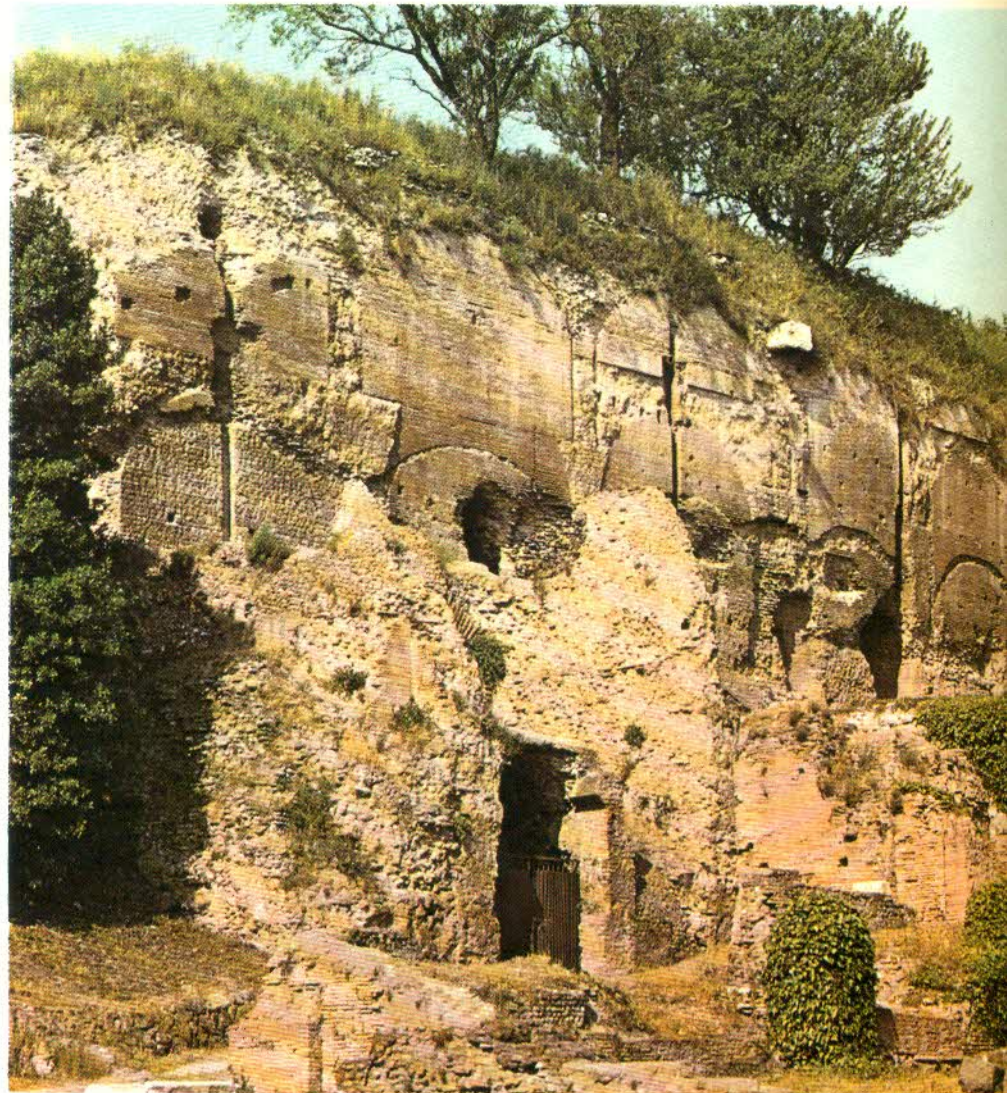
EVOLUCION HISTORICA DE ROMA



romano eran de dos tipos de enterramiento, unos como pozos circulares para urnas (que significan cremación del cadáver), y otros como fosas rectangulares para contener un sarcófago con el cadáver. ¿Cuáles eran los sepulcros de patricios y cuáles los de plebeyos? Asimismo eran diferentes los ritos matrimoniales. Y, sin embargo, las leyes de las Doce Tablas, de que vamos a hablar a continuación, no hacen referencia a casos de patricios y plebeyos, sino a los ciudadanos y esclavos.

Además, queda muy imprecisa la influencia de los etruscos, que fue predominante en los patricios y menos sensible en los plebeyos. Los patricios aceptaron o eligieron a los reyes, y muchas costumbres que subsistieron en la época republicana eran de origen etrusco. El culto y la manera de augurar el porvenir eran análogos en Roma y en Etruria; por ejemplo, los etruscos, a diferencia de los griegos de aquella época, confiaban en los auspicios obtenidos examinando las vísceras de las víctimas y observando el vuelo de las

Ruinas romanas en las laderas del Palatino, la sagrada colina de Roma donde Rómulo fundó la ciudad.



LOS SABINOS Y LOS ORIGENES DE ROMA

Entre los varios problemas que plantean los orígenes de Roma hay que destacar el de la participación de los sabinos en la formación del primitivo estado romano.

Los sabinos estaban establecidos en la colina del Quirinal. Su presencia allí se explica por las migraciones periódicas de este pueblo. Según se desprende de las tradiciones infiltradas en los escritos de los historiadores romanos, cuando se producían graves calamidades, carestías, epidemias, etc., los sabinos sacrificaban a Marte todos los animales nacidos aquel año, mientras que los niños nacidos en las mismas circunstancias, consagrados también a aquella divinidad, debían, llegados a la mayoría de edad, emigrar y buscar nuevas tierras para vivir. Uno de estos grupos se establecería en el Quirinal y llegaría a ejercer la supremacía sobre los demás habitantes de las colinas romanas y les comunicarían las características de estado organizado.

Son muchas las pruebas para sostener este aserto, dejando aparte numerosas leyendas, entre las que el rapto de las sabinas y su posterior intervención en la lucha por liberarlas manifiestan evidentemente la lucha por la supremacía local. En efecto, los primeros reyes, excluyendo a Rómulo, considerado como legendario, son sabinos: lo es Tito Tacio, jefe de la tribu del Quirinal; también Numa Pompilio, a quien la tradición atribuye, además de construir en el Foro la *Regia*, la primitiva sede del rey, la introducción de numerosas leyes e instituciones civiles y religiosas que nos lo presentan casi como fundador de la ciudad, formada tanto por las colinas del Norte como por las del Sur. Sabinas son las madres de Tulo Hostilio

y de Anco Marcio. Por otra parte, el padre de Tulo Hostilio es oriundo de Medullia, localidad situada al este de Roma, en los confines de los territorios de los sabinos; además, el nombre de Anco, desconocido en Roma, era corriente entre los sabinos.

En contra de lo anteriormente expuesto, se podría objetar que entre las tradiciones romanas figura que se había pactado la alternancia de reyes latinos y sabinos. Aceptando este hecho, cabe preguntarse, pues, por qué ninguno de los primeros reyes tiene origen latino. La idea de la alternancia parece una explicación tardía de analistas empeñados en afirmar la primacía latina en los orígenes de Roma.

Pero pueden aducirse nuevas pruebas de la supremacía primitiva de los sabinos. Veámoslas. Se considera generalmente que la sigla SPQR, interpretada en época tardía como *Senatus Populusque Romanus*, abreviaba en un principio la expresión *Senatus Populus Quiritium Romanorum*. El origen de la palabra *quirites* se explicó de dos modos: o procedía de *Cures*, la ciudad sabina de donde eran oriundos los sabinos instalados en Roma (y que había dado nombre a la colina Quirinal), o se la hacía derivar del término *curis*, que en sabino significaba lanza, por lo que *quirites* quería decir hombres armados con lanza.

Aunque prefiramos esta segunda explicación, ha de considerarse que la palabra *quirites* no fue nunca un apelativo genérico de todos los romanos, sobre todo porque de ella se derivó la de la colina Quirinal, es decir, de una zona limitada de Roma, todo lo cual indica que allí habitaban gentes distintas de los *ramnes*. Ahora bien, si en el orden en que se

citan originalmente ambos grupos los *quirites*, sabinos, preceden siempre a los *ramnes*, es decir, los romanos (entre quienes han de considerarse comprendidos los latinos de las colinas meridionales), es lógico pensar en la prioridad sabina en la organización de la primitiva ciudad.

Idéntica prioridad sabina se puede entrever en el orden de las tres tribus en que aparece dividida la población de la primitiva organización política de Roma. Tales tribus se citan en las fuentes antiguas en el orden siguiente: *Tities*, *Ramnes* y *Luceres*. Esta sucesión tenía ciertamente valor ritual y como tal debe remontarse a la primera organización estatal. Los *Tities* son los sabinos del Quirinal y su héroe epónimo se considera que es el rey Tito Tacio. Los *Ramnes* son los habitantes del Palatino, los descendientes de los antiguos autóctonos. En cuanto a los *Luceres*, los antiguos no supieron ya dar una explicación segura del origen de la palabra. La conexión con la palabra etrusca *Lucumones* es pura fantasía de algún historiador tardío. Más acertado parece derivarla de *luci*, los bosques, lugares de refugio, de asilo, y por *Luceres* debería entenderse los habitantes de las colinas boscosas de la zona meridional de Roma, es decir, del Esquilino y del Celio, donde predominaban los elementos inmigrados de Alba Longa.

En conclusión, si en la división tripartita de la naciente ciudad se asignó el primer puesto al elemento sabino, debe suponerse que los sabinos fueron quienes dieron la primera organización estatal a Roma.

A. B.

aves. Los etruscos fueron especialistas en obras de ingeniería, lo cual contribuye a confirmar su origen asiático; los sirios y lidios se hicieron famosos en la construcción de túneles y acueductos. Así, se considera obra etrusca la primera cloaca de Roma, que todavía subsiste. De tradición etrusca serían también los acueductos, que exigen un conocimiento de niveles y canalización a través de colinas. Por último, los etruscos fueron maestros de los romanos en el arte de la fundición. Tenían en Etruria abundancia de metales, y las primeras esculturas romanas fueron en bronce o en una clase de cerámica que imitaba las obras en metal.

Pero volvamos a las instituciones políticas romanas. Con el correr del tiempo, el pueblo (los plebeyos) pidió derechos y los obtuvo, sin debilitar tampoco al Senado. Para conseguir sus triunfos, con un depurado instinto social, recurrió al obstruccionis-

mo, a la deserción, a una especie de huelga política, pero sólo cuando el estado tenía necesidad del pueblo. En circunstancias difíciles, el pueblo emigró en masa de Roma y fue a instalarse en un lugar llamado Monte Sacro, cerca del río Anio, con propósito de fundar allí una nueva ciudad. Para conseguir el regreso del pueblo se crearon los cargos de dos nuevos magistrados, llamados "tribunos de la plebe", cuya misión era velar para que el pueblo no sufriese abusos de autoridad por parte de los cónsules, o lo que era lo mismo, del Senado. El poder de los tribunos en un principio no era sino un derecho de veto a la autoridad consular, pero esta arma de obstrucción fue empleada con gran eficacia para obtener nuevas concesiones. El número de los tribunos, que en un principio fueron dos, como los cónsules, aumentó pronto a cinco y, como se requería unanimidad en sus decisiones, esta nueva autoridad de

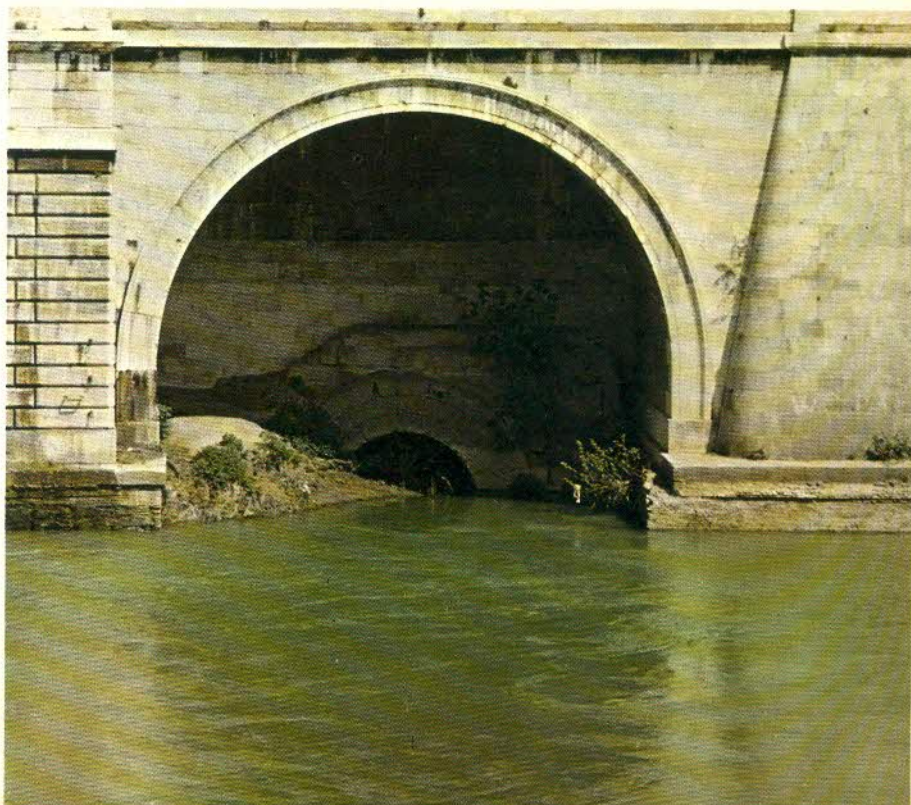
Aspecto de la vía romana que conducía desde el Foro al Capitolio.



Una de las bocas de la cloaca Máxima en Roma, mandada construir por Tarquino Prisco, quinto rey de Roma, para desecar los pantanos del Foro y del Velabre.

la plebe pudo imponerse solamente en aquellos casos de extrema importancia.

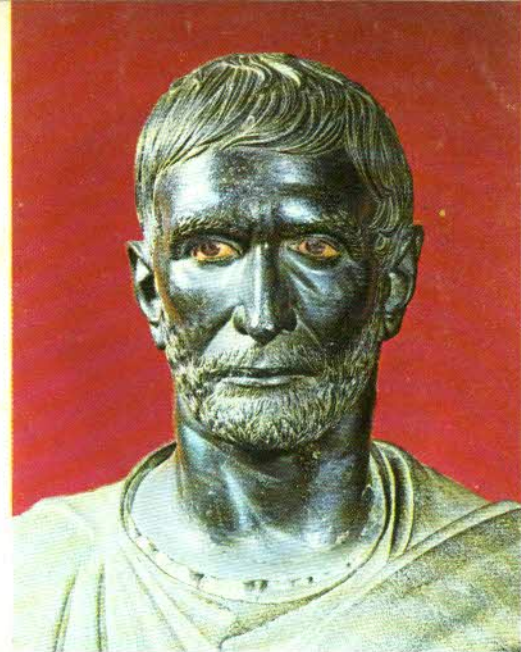
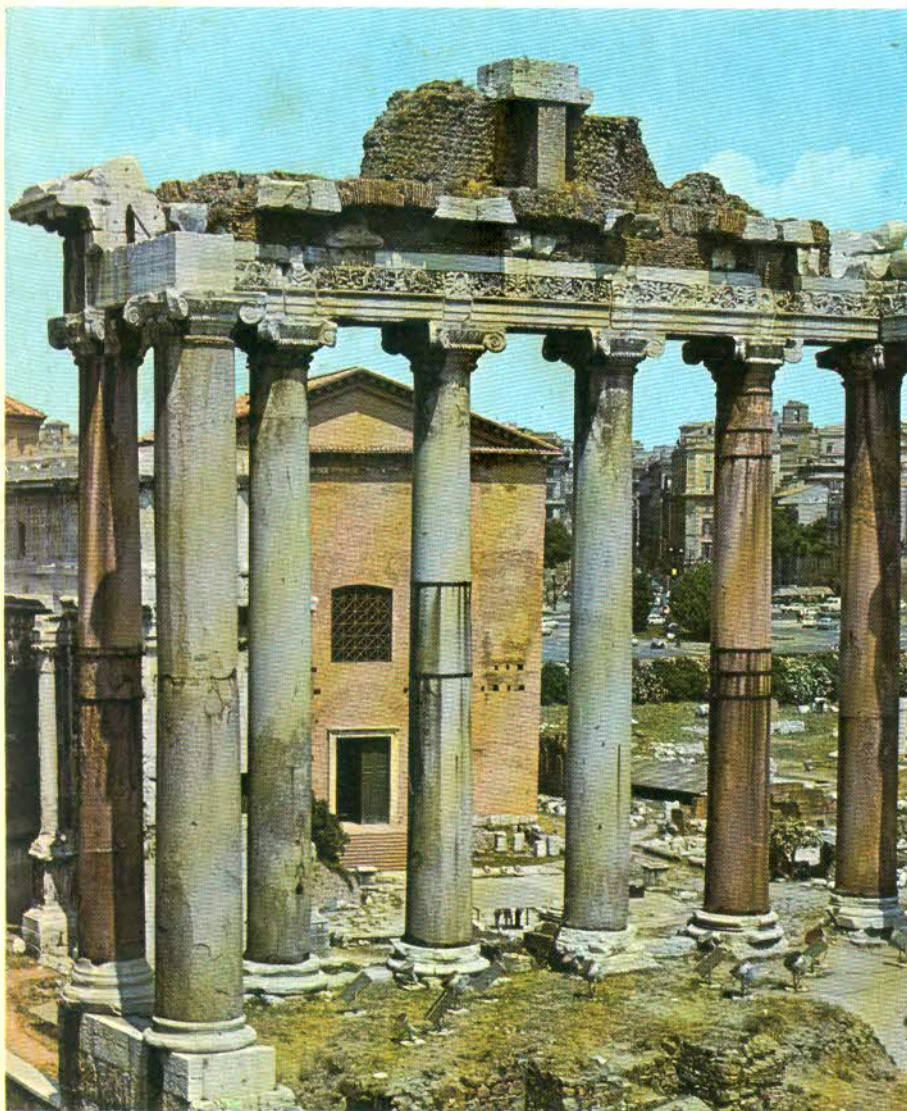
Así como los cónsules tenían dos oficiales, llamados *pretores*, encargados de inquirir en casos de crímenes o delitos de la plebe, que eran lo que nosotros llamaríamos hoy fiscales, se asociaron a los tribunos dos nuevos oficiales, llamados *ediles*, para enseñar a la plebe a interpretar la ley, defenderla en difíciles negocios, aclarar dudas, etc. Por lo que ya hemos dicho se ve, pues, que a los pocos años de lucha con los patricios, o Senado, la plebe tenía sus tribunos, para poner el veto a los cónsules, y sus ediles, para que la defendieran de los pretores. Pero faltaba aún conseguir lo más importante, que eran los derechos electorales. ¿De qué le servían al pueblo sus magistrados si éstos eran elegidos por un sistema con el que podían los senadores manipular la elección a su antojo?



La ley electoral había sido reformada con buena intención, pero con desastrosos resultados, y la tradición atribuyó esta reforma a Servio Tulio, aunque es probablemente del siglo V a. de J. C. En un principio, la *plebs* o pueblo de Roma aparece dividida en tres tribus: Ramnes, Tities y Luceres, y cada tribu en diez curias. El pueblo votaba por curias, esto es, primero se decidía el asunto en cada curia y después éstas votaban, con un voto colectivo, en los comicios o asamblea popular. Pero al crecer Roma, las tribus no crecieron por un igual, ni menos las diez curias de cada tribu..., y como la principal contribución del pueblo de Roma a las cargas del estado era su servicio obligatorio en el ejército, resultaba una injusticia asignar el mismo voto a la curia que contaba con poco dinero, o pocos soldados, que a la curia que proporcionaba un fuerte contingente militar.

Esta parece ser la razón de la reforma electoral. Se dividieron las curias en centurias, que eran las unidades militares del ejército roma-

Restos del templo de Saturno en Roma, que se remonta a los tiempos de la expulsión de los reyes y fue reedificado bajo César y, posteriormente, durante el Bajo Imperio.



Supuesto busto de Lucio Junio Bruto, patrio romano que la tradición considera como uno de los que derrocaron la monarquía de Tarquino el Soberbio y fundador de la República romana (Museo Capitolino, Roma).

no, y así resultó que las curias donde había más ciudadanos y más riqueza tuvieron más centurias que las que no podían prestar tanta ayuda en las campañas... Y como es de justicia, se creyó que a mayores servicios debían corresponder mayores derechos, por lo que se dispuso que las tribus, en los comicios, votaran por centurias y no por curias. Nótese que por centurias no se entendía un número de ciudadanos, sino una unidad militar, y los ricos podían reclutar más centurias que los pobres. Y como los plebeyos ricos tenían intereses muy parecidos a los de los patricios, era en realidad el Senado el que disponía la elección de los tribunos y de los ediles. Ésta era la diferencia entre lo que se llamaba *comicios curiados*, o sea asambleas en que el pueblo votaba por curias, y *comicios centuriados*, donde el pueblo votaba por centurias. La primera manera de votar databa de los tiempos de Rómulo; la segunda corresponde al procedimiento reformado. Pues bien, en el 471 a. de J. C. el pueblo obtuvo que los tribunos fuesen elegidos por una tercera forma de votación, llamada por *comicios tribunados*, que daba mayores garantías de que los tribunos representarían la voluntad popular. Quedaban aún en pie los omnipotentes derechos de los cónsules como jueces, pudiendo fallar casi a discreción en los casos de justicia. El primer esfuerzo para limitar este poder de los cónsules, heredado de los reyes, fue el derecho de apelación al pueblo, llamado *provocatio*. Algunos dicen que existía este derecho por tradición ya del tiempo de Tulio Hostilio; otros aseguran que sólo en 508 fue



reconocido oficialmente por el cónsul Valerio con una nueva ley, y otros lo suponen aún más moderno. Este ejemplo de ambigüedad y dudas en materias jurídicas indica cuán necesaria se hacía la labor de compilar la jurisprudencia de Roma si se querían prevenir abusos de los cónsules. Lo que ocurría con la *provocatio*, o derecho de apelación, debía de ocurrir con todas las costumbres de los romanos. Por esto a mediados del siglo V,

la necesidad de una legislación escrita se hizo tan imperiosa que el Senado tuvo que acceder a los deseos de la plebe y se mandó una comisión a Grecia para estudiar sobre todo las leyes de Atenas. Los escritores griegos no hablan de la llegada de los romanos a Atenas; en cambio, los recuerdos de Roma parecen indicar que los comisionados regresaron con un experto jurista llamado Hermógenes de Éfeso.

Ruinas del Capitolio de la antigua Ostia, cuya fundación se atribuyó a Anco Marcio, cuarto rey de Roma. Ostia fue la primera colonia de Roma e importante base naval.

Estatuilla etrusca del siglo VI a. de J. C. que representa un devoto con un lituo en la mano (Museo Arqueológico Nacional, Florencia). Entre los etruscos y romanos, el lituo era una especie de cayado que llevaban los augures como símbolo de su dignidad.



Hígado de bronce, propio para realizar augurios (Museo Cívico, Piacenza).

El regreso de los comisionados acaeció en el otoño del 452, y para que la obra de los legisladores pudiera llevarse a cabo con entera libertad, se les dieron poderes dictatoriales. Los encargados de la codificación fueron diez, por esto se llamaron *decenviros*, y todos eran patricios: los dos cónsules, los tres comisionados que fueron a Grecia y cinco patricios más. La política de los decenviros durante el primer año no hay duda que fue excelente: administraron justicia con entera equidad y respetaron los derechos de la plebe. Al cabo de pocos meses habían compilado en diez tablas las leyes romanas y,

después de haber sido expuestas al examen de los ciudadanos, fueron votadas por aclamación en los comicios centuriados. La labor de los primeros decenviros fue, sin embargo, considerada insuficiente, y otro año de decenvirato produjo dos tablas más de leyes. En conjunto, pues, la obra de los decenviros fueron doce tablas de leyes, base de la jurisprudencia romana, de la que derivan muchos de nuestros códigos civiles. Y por extraña suerte, el texto de las Leyes de las Doce Tabas ha desaparecido en el naufragio de la mayoría de textos de la antigüedad clásica. Los fragmentos que se han conservado, citados por Cicerón en sus escritos, causan todavía más pena por su estilo primitivo y su espíritu, más primitivo todavía. Se advierte que los decenviros, más que redactar unas leyes nuevas, quisieron transcribir con cierto plan las antiguas costumbres romanas. Por vía de ejemplo, he aquí copiados algunos de los artículos de las Doce Tabas:

“Si alguien acusa a un hombre, éste debe comparecer delante del juez. Si no acude, el demandante tiene derecho a llamar a los que están cerca y llevarle a la fuerza. Si el acusado no quiere seguir, o si se escapa, puede atacársele sin reserva. Si está enfermo o es viejo, el demandante debe procurarse un vehículo para llevarle ante el juez...”

“Si los querellantes convienen en una transacción, el juez lo anunciará en público. Si no se arreglan, cada uno expondrá sus derechos en asamblea pública en el Foro, por la mañana. Durante el mediodía se les dejará para que hablen a solas, y por la tarde, si uno de ellos no comparece, el juez pronunciará un fallo favorable al que está presente, y si ambos insisten en sus derechos, el juicio continuará hasta la puesta del sol, pero no más tarde.”

“Si un hombre ha confesado su deuda, o ha sido condenado por deuda por el juez, tendrá treinta días para pagar a sus acreedores. Después de este plazo, el acreedor puede apoderarse de su persona y llevarle ante el juez. Si ni entonces paga y no se presenta nadie para garantizar el pago, el acreedor se llevará el deudor a su casa y lo tendrá amarrado con cadenas, que no pesen más de quince libras, manteniéndole por lo menos con una libra de harina diaria, aunque puede darle más si quiere.”

“Si hay varios acreedores, éstos, un día de mercado, se dividirán el cuerpo del deudor, repartiéndose los pedazos en partes proporcionales a las deudas respectivas. Si cortan más o menos carne del cuerpo del deudor de lo que les corresponde, no será considerado como un crimen...”

También encontramos en las Leyes de las Doce Tabas algo que recuerda la ley del



Talión. Un hueso roto de un ciudadano, según la Ley de las Doce Tablas, se pagará con otro hueso roto o con trescientos pesos. El hueso de un esclavo vale sólo ciento cincuenta, y así sucesivamente. Un ladrón nocturno puede ser muerto sin formación de juicio, con impunidad del que lo mató.

Y a pesar del tono moral, casi prehistórico, de las Leyes de las Doce Tablas, Cicerón las alaba en estos términos: "Aunque todo el mundo se levantara contra mí, yo diría lo que pienso: que el libro de las Leyes de las Doce Tablas supera en utilidad y autoridad a todos los demás libros de filósofos..."

Tal vez si fuéramos todos abogados, como Cicerón, y tuviéramos el código completo, como él lo tenía en su tiempo seguramente, admiraríamos el trabajo de compilación de la comisión codificadora, que representaban los decenviros, y el arte del redactor, que muy probablemente sería el ya citado Hermógenes de Efeso. Pero tal como han llegado hasta nosotros, mutilados y sin concierto, los fragmentos de las Leyes de las Doce Tablas sorprenden por su barbarie y, sin embargo, a pesar de tan primitiva legislación, Roma supo organizarse para gobernar el mundo.

Fresco de una tumba etrusca de Tarquinia que representa a un augur. Éstos eran sacerdotes de origen etrusco que practicaban oficialmente la adivinación.

BIBLIOGRAFIA

Accame, S.	<i>Le origini di Roma</i> , Nápoles, 1957.
Altheim, F.	<i>Der Ursprung der Etrusker</i> , Baden-Baden, 1950.
Banti, L.	<i>Il mondo degli etruschi</i> , Roma, 1960.
Bloch, R.	<i>Les origines de Rome</i> , París, 1959.
Ducati, P.	<i>Come nacque Roma</i> , Cremona, 1939.
Francisci, P. de	<i>Primordia civitatis</i> , Roma, 1959.
Gjerstad, E.	<i>Early Rome</i> (3 vols.), Lund, 1953-1961. <i>Legends and Facts of early Roman History</i> , Lund, 1962.
Homo, León	<i>Nueva historia de Roma</i> , Barcelona, 1955.
Nack, E., y Wagner, W.	<i>Roma, el país y el pueblo de los antiguos romanos</i> , Barcelona, 1960.
Pericot García, L., y Ballester Escalas, R.	<i>Historia de Roma</i> , Barcelona, 1963.
Radmilli, A. M.	<i>Piccola guida alla preistoria italiana</i> , Florencia, 1962.
Scullard, H. H.	<i>A History of the Roman World from 753 to 146 B. C.</i> , Londres, 1961 (3.ª ed.).



Casco etrusco de bronce procedente de una tumba del siglo VI a. de J. C. (Villa Giulia, Roma).